

Berta Cáceres. Un legado vivo

YAYO HERRERO

La primera vez que la líder indígena hondureña Berta Cáceres se reunió con la periodista Nina Lakhani, Cáceres le dijo: «Cuando me quieran matar, lo harán».¹ Berta fue asesinada en la madrugada del 2 al 3 de marzo de 2016, en su casa, en la ciudad de La Esperanza. Faltaba un día para cumplierse cuarenta y cinco años.

En 2015 había ganado el premio ambiental más prestigioso del mundo, el Premio Goldman, como reconocimiento a la lucha que lideraba contra la construcción de una represa hidroeléctrica que se pretendía instalar en el río sagrado del pueblo lenca. Cuando fue asesinada no había pasado ni un año desde la recepción del premio.

Berta nació el 4 de marzo de 1971, en el mismo municipio en el que la mataron. Vivió desde sus primeros días en una casa en la que la política y el compromiso contra la injusticia en Honduras y otros lugares de América Latina eran un asunto cotidiano. Su madre, María Austra Flores López era enfermera, partera, activista y miembro del Partido Liberal. Ella fue una referencia y sostén fundamental para Berta. Al igual que su hermano Carlos, comunista y luchador, un ídolo y ejemplo revolucionario.

A mediados de los años ochenta, Austra, la madre, estaba involucrada en el Movimiento de Mujeres por la Paz Visitación Padilla. Este movimiento fue creado para defender a las presas políticas encarceladas y torturadas en Centroamérica. Allí, una muy joven Berta Cáceres comenzó a darse cuenta de que las injusticias y la violencia se encarnan

¹ Nina Lakhani, *Quién mató a Berta Cáceres. Empresas escuadrones de la muerte y la batalla por el planeta de una defensora de indígenas*, Icaria, Barcelona, 2021, p.7.

de forma diferente en los cuerpos de las mujeres y adquirió una sensibilidad feminista que la acompañó, integrada en su pensamiento y su práctica, durante toda su vida.

Dicen que Berta a sus quince años era una chica inteligente, estudiosa, franca, rebelde. Y que odiaba acatar normas sin sentido. Estudió, como casi todos sus hermanos, magisterio en la Escuela Normal de La Esperanza. Sus estudios se conjugaban muy bien con la impronta en la educación popular y la lucha comunitaria que había aprendido casi desde la cuna. De una forma casi natural, se incorporó al movimiento estudiantil en que destacó y asumió un fuerte liderazgo.

Ivy Luz Orellana, amiga de Berta, le contó a Nina Lakhani que Berta era guapa y tenía muchos novios. Le gustaba bailar merengue y música pop. Fue una joven querida, alegre y amante de la vida.² Eso nunca cambió y cada vez que hablaba en público transmitía esa fuerza que le daba amar la vida. Era capaz de denunciar cosas terribles con claridad y solvencia, pero sin transmitir odio ni violencia.

En la universidad conoció a Salvador Zúñiga, un líder estudiantil unos años mayor que ella, que se convertiría en su esposo y padre de sus hijas e hijo. Junto a él, se unió al Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional en El Salvador. Tenía 18 años y acababa de ser madre. Dejó a la niña en Honduras y se comprometió con la guerrilla. Según Salvador Zúñiga, Berta era tranquila, fuerte y valiente. En El Salvador organizó la alfabetización de la población adulta y la formación de los niños y las niñas.

En la guerrilla aprendió que la lucha armada no era el camino que ella quería seguir. Quedó conmovida al ver los abusos que genera la guerra, incluso en el interior de los movimientos que con mayor compromiso buscan la justicia. Le dolió comprobar que la mayoría de las víctimas eran jóvenes, hombres y mujeres pobres que tomaban las armas más movidas por el hambre que por las convicciones políticas. Desde entonces, la desmilitarización y el compromiso radical con la paz fue una de las causas que conectó con las otras en las que ya trabajaba, y también con las que vendrían después.

De vuelta a Honduras, se volcó de lleno en la educación popular y la organización comunitaria. Lideraba programas para mujeres centrados en la defensa de los derechos de los pueblos indígenas y de los bienes naturales comunes.

² *Ibidem.*

Una decisión central en su vida fue la de contribuir a la fundación, en 1993, del Comité Cívico de Organizaciones Populares e Indígenas (COPINH), organización que se convirtió en el baluarte de la lucha por la dignidad de los pueblos indígenas en Honduras. El COPINH nació para defender los bosques y la cultura lenca. Consiguió la creación de dos municipios indígenas, la construcción de infraestructura básica como carreteras, escuelas, centros de salud y proyectos de agua potable y electrificación. En 1994, después de una lucha intensa, forzó la ratificación del Convenio 169 de la Organización Internacional del Trabajo (OIT), que reconocía, entre otras cosas, la obligación de consulta en el caso de que los proyectos planteados por los gobiernos afectasen a los territorios y derechos de los pueblos indígenas.

Ese mismo año, el levantamiento zapatista en Chiapas, en 1994, fue otro hito fundamental en el pensamiento y activismo de Berta Cáceres. Comprendió, aún en mayor medida, que los derechos indígenas iban de la mano con la protección de la tierra, los ríos y los bosques. Berta y el COPINH aprendieron que, para salvaguardar las comunidades, había que defender el territorio. Que ambas luchas eran la misma.

El activismo de Berta Cáceres se convirtió en un ejemplo de lucha integral contra el racismo, el capitalismo y el patriarcado. En ese sentido, fue una pensadora y luchadora ecofeminista. Siempre denunció que en, en un contexto marcado por la violencia machista, la impunidad y la falta de acceso a la justicia, las mujeres indígenas se enfrentan a una serie de violencias interconectadas. Se veía a sí misma como una feminista que luchaba contra el capitalismo, el patriarcado y el racismo.

Comprendió con lucidez cómo se interconectan el racismo, el machismo, el clasismo y las nuevas políticas neocoloniales con derechos de las mujeres y de las personas indígenas. Este enfoque no siempre fue bien recibido por los hombres de su propio movimiento.

Su crítica al colonialismo fue luminosa en un momento en el que las poblaciones indígenas estaban apartadas, resultaban invisibles o directamente sufrían el racismo de una gran parte de la sociedad hondureña. Berta Cáceres en sus intervenciones y acciones mostraba que la vida en las comunidades eran mucho

El activismo de Berta Cáceres se convirtió en un ejemplo de lucha integral contra el racismo, el capitalismo y el patriarcado

más que folklore o prácticas antiguas cuya única función era la de ser exhibidas en un museo.

El trabajo de Berta Cáceres y del COPINH mostró que las comunidades indígenas eran ancestrales, sí, pero también contemporáneas. Los pueblos indígenas, decía ella, no vivían en una especie de prehistoria de la que debían ser recatados, eran pueblos vivos y sujeto colectivo de derechos. Tenían historia, memoria, normas y conocimientos que merecían y tenían el derecho de ser respetados. Sus territorios eran imprescindibles para poder desarrollar esas vidas y estaban siendo esquilados y apropiados por intereses económicos y proyectos ajenos y contrarios a las comunidades.

Conectando la defensa de los derechos de las comunidades y de la tierra, el COPINH comenzó a realizar movilizaciones y sentadas que lograron detener decenas de proyectos de tala de bosques primarios en tres departamentos de la región. Se sucedieron, encabezadas por Berta, las primeras huelgas de hambre, barricadas y peregrinaciones indígenas a Tegucigalpa para exigir al legislativo y el ejecutivo conquistas sociales y respeto a todos sus derechos. Quizá nadie como ella fue capaz de explicar y hacer trascender tanto a nivel nacional como internacional la situación de pobreza, la falta de tierras por desposesión, la marginalidad y la situación de violencia en la que durante decenios habían vivido los pueblos indígenas y, en concreto, el pueblo lenca.

En el año 2009, las reformas constitucionales, que afectaban de forma directa a los intereses de las élites económicas y políticas, y que había propuesto el presidente electo Manuel Zelaya, provocaron fuertes tensiones políticas. Generaron la oposición de grupos conservadores y empresariales con intereses en la explotación de recursos naturales y proyectos de desarrollo que se veían, amenazados por las políticas de Zelaya. El asunto terminó en un golpe de Estado. Berta Cáceres, como figura líder y reconocida, participó en el Frente Nacional de Resistencia Popular (FNRP) tras el golpe de Estado y asumió el papel de defender la legitimidad del gobierno depuesto.

En este contexto de convulsión social, el COPINH, con Berta al frente, se alzó contra las políticas extractivistas y en defensa de los territorios indígenas. Denunciaron la existencia de decenas de concesiones para proyectos



extractivistas, hidroeléctricos y eólicos en Honduras que el nuevo gobierno autonómico se apresuraba a aprobar y que amenazaban los territorios indígenas y el territorio.

Uno de ellos fue el proyecto hidroeléctrico Agua Zarcas. El COPINH, y Berta como portavoz de este, se opusieron al proyecto. La principal demanda era que se realizara una consulta previa, libre e informada con las comunidades afectadas, tal como lo establecía el Convenio 169 de la OIT.

Berta recibió en 2015 el Premio Goldman de Medio Ambiente, precisamente por su activismo contra la construcción de la represa Agua Zarca. Sus compañeros y

Berta recibió en 2015 el Premio Goldman de Medio Ambiente por su activismo contra la construcción de la represa Agua Zarca, que ocasionaría su muerte

compañeras pensaron que aquel premio era una importante medida de protección, que nadie se atrevería a violentar a alguien que había adquirido la visibilidad y prestigio que otorgaba la concesión de premio. Pero el premio y las medidas de protección cautelar de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos no fueron suficientes. Fue

asesinada por su oposición activa a la represa.

Para comprender bien la vida y la muerte de Berta Cáceres es necesario conocer algo más de la naturaleza del proyecto de Agua Zarca y de quienes lo impulsaban.

La lucha contra Agua Zarca

En 2010, inmediatamente después del golpe de Estado que derrocó a Manuel Zelaya, el nuevo Gobierno hondureño aprobó a toda velocidad un paquete de concesiones de represas, minas, complejos turísticos, proyectos eólicos y de biocombustibles y concesiones forestales. Como se ha señalado, no cumplió con la obligación de realizar consultas oficiales previas en el caso de que afectasen a territorios indígenas.

Los proyectos afectaban a decenas de ríos en todo el país. Entre ellos, se concedió una licencia para construir la represa hidroeléctrica de Agua Zarca en el río Guadalcarque, sagrado para el pueblo indígena lenca. Berta Cáceres y el COPINH se organizaron con firmeza para la defensa del río.

La empresa Desarrollos Energéticos S.A. (DESA), responsable del proyecto, estaba en manos de la familia Atala Zablah, una de las más poderosas de Honduras. El presidente era Roberto David Castillo, un ex oficial de inteligencia militar entrenado en Estados Unidos.

Berta había estado involucrada en numerosas luchas que trataban de frenar proyectos que amenazaban el agua y la tierra del pueblo lenca. Sin embargo, la batalla para detener la construcción de la represa hidroeléctrica en el río Gualcarque, en la comunidad de Río Blanco, fue la que desde el principio más le hizo preocuparse por su propia seguridad. Desde el comienzo del conflicto, los sicarios empezaron a rondar la comunidad y preguntaban por ella y por sus hijas. Berta recibió un mensaje anónimo que amenazaba con cortar en pedazos a Camilito, su único nieto. Tuvo que extremar las medidas de seguridad. No podía dormir dos noches en el mismo lugar y vivía en un estado de alerta continua.

En el juicio por el asesinato de Berta Cáceres quedó acreditada la contratación de exmilitares, algunos de ellos adiestrados en la Escuela de las Américas, por el Departamento de Seguridad de DESA, así como el pago de sicarios. El juicio y la publicación de conversaciones entre los directivos de DESA demostraron que estos tenían acceso privilegiado a información confidencial y extremadamente sensible sobre los líderes del COPINH y sus familias.

En su muerte convergieron prácticas previas de criminalización y amenazas, así como una serie de tácticas de amedrentamiento propias de las antiguas políticas de la llamada “contrainsurgencia”. Participaron exmilitares, que formaron parte de lo que se conocía como “escuadrones de la muerte” y se utilizaron flujos de dinero provenientes de las elites económicas. Hubo encubrimiento político al más alto nivel.

El COPINH no ha cejado durante los últimos ocho años en conseguir justicia para Berta.

Siete hombres fueron condenados en 2019 como autores materiales del asesinato de Cáceres e intento de homicidio de Gustavo Castro, un amigo de Berta que se encontraba con ella cuando los sicarios entraron en su casa para matarla.

Roberto David Castillo, ex gerente de DESA, fue condenado a 22 años y 6 meses de prisión en junio de 2022 por haber actuado como autor intelectual en el asesinato de la líder del COPINH.

Daniel Atala Midence, gerente financiero de la empresa, hoy prófugo, recibió una orden de captura en diciembre de 2023 por su presunta participación en el crimen. Está acusado de financiar a los grupos que hostigaron y atacaron a Berta y a su comunidad. Además, tiene acusaciones adicionales por corrupción relacionadas con el proyecto Agua Zarca, así como por afirmaciones racistas hacia la comunidad lenca.

Ninguna de estas sentencias es todavía firme y la licencia de Agua Zarca no ha sido revocada. La comunidad de Río Blanco, que se opone a la represa, sigue soportando el hostigamiento y las amenazas.

El COPINH no se da por satisfecho y exige la investigación y juicio de todos los

Han pasado ocho años desde el asesinato de Berta y la protección de los defensores ambientales en América Latina sigue siendo una cuestión pendiente

autores intelectuales del crimen, incluyendo a los responsables de organismos financieros internacionales que impulsan y financian proyectos ilegales, que no han sido consultados a las comunidades afectadas. Estos proyectos generan conflictos y rupturas en el tejido social de las comunidades. Es vital que se reconozca su responsabilidad en la muerte de Berta y en la

destrucción de las comunidades indígenas.

Han pasado ocho años desde el asesinato de Berta y la justicia y la protección de los defensores ambientales en América Latina sigue siendo una cuestión pendiente. Según el informe de Global Witness de 2022, se concentran allí el 88% de los asesinatos de defensores ambientales. Cientos de personas sufren amenazas, acoso, criminalización, violencia sexual que en el extremo les arrancan la vida.

En Honduras, al menos 25 personas han sido asesinadas desde que el 2 de marzo de 2016 mataran a Berta. El último ha sido el defensor de la tierra y regidor, Juan López, defensor del río Guapinol. Fue acorralado a balazos en septiembre de 2024. Luchaba contra un megaproyecto que constaba de dos minas, una termoeléctrica, una planta peletizadora y tres pozos en el Parque Nacional Montaña Botaderos. Igual que en el caso de Berta, aparecen importantes familias hondureñas con gran influencia en las instituciones y también se ha producido la contratación de sicarios.

Berta significó mucho para nosotras. Yo tuve la suerte de coincidir con ella en 2010, en el Tribunal de los Pueblos que organizó la Red Enlazando Alternativas. Me impresionó su voz tranquila, amable y poderosa. Era una líder indígena, una voz política radical, bella y sólida. Una defensora de base de los derechos humanos que se negó a asumir como desarrollo el despojo de las comunidades y la destrucción de los bienes naturales. Fue una mujer capaz de escuchar, negociar y unir a la gente.

Para callarla y someterla tuvieron que asesinarla. Tenía 44 años. Su trabajo había salvado bosques, ríos y tierra y comunidades. Pero, sobre todo, creó comunidad y movimiento. Por eso, hoy, su legado sigue tan vivo. En Honduras y en el mundo.

«A mi mamá no la estamos enterrando. La estamos sembrando». Eso es lo que dijeron sus hijas el día que la despidieron.

Yayo Herrero López es antropóloga, ingeniera, profesora y activista. Doctora por la Universidad del País Vasco en Sociedad, Política y Cultura, es una de las investigadoras más influyentes en el ámbito ecofeminista y ecosocialista a nivel europeo.

